

III.

¿Conocen mis lectores á Márquez?

Es un hombre pequeño, muy delgado, raquítrico casi, y cuyo cuerpo no revela la resistencia que ha demostrado para sufrir las mayores fatigas. Una barba larga, tordilla quemada, orla su rostro flaco, huesudo, teñido de bilis, y constantemente contraído en su mitad derecha por una convulsion continua, tic horrible que le dejó la herida de una bala que le desfiguró el carrillo en el ataque de Morelia. Sus ojos redondos y su frente pequeña y deprimida se asemejan á la fiera acorralada en una cueva. Sin los recuerdos de su historia, sin tener presentes las manchas de sangre que hay en su vida, aquel rostro da horror. En cuanto al hombre moral no quiero, no debo retratarlo. Sus propios compañeros, los hombres de su mismo partido, lo han juzgado con mas severidad de lo que lo harian los liberales. Kératry dice que Márquez era un general con instintos de verdugo.

Arellano y Márquez han emprendido una polémica, en la cual cada uno de ellos intenta deturpar al otro: ¡y ambos se inculpan mutuamente haberse escondido en un sótano mientras el soberano marchaba al patíbulo!

En fin, nada nos importan esas miserias de la crónica contemporánea, la historia no debe descender á ese terreno.

El 28 de Marzo se supo en la capital la llegada de Márquez, quien desprendido de Querétaro habia eludido todo encuentro con las fuerzas liberales.

El dia 29 salió Márquez de México llevando consigo las mejores tropas del imperio que habia en la ciudad, agregando á ellas las guarniciones de los pueblos inmediatos, los austriacos, los húsares rojos, los gendarmes y la contraguerrilla francesa.

Despues de la derrota de Márquez se contó que solo llevaba cinco mil hombres; pero ántes dos periódicos de la capital al anunciar la espedicion daban á aquella division diez mil hombres, dos baterías rayadas y una de montaña.

Sea lo que fuere, las tropas eran brillantes, y si con ellas se hubiera dirigido Márquez á Querétaro habria cambiado mucho la situacion de Maximiliano. El plan de campaña pretestado por el lugar-teniente del reino de salvar á Puebla y á la capital es una escusa estúpidamente estratégica. Si las fuerzas del general Diaz eran superiores, Márquez no debió marchar á su encuentro porque era segura su derrota, mientras que unido en Querétaro con los sitiados se formaba un cuerpo de ejército respetable: si tal hubiera hecho debió presentarse frente á la ciudad cuando obtenia Miramon el triunfo del dia 27 de Abril.

¿Qué importaba ademas la capital? En los gobiernos personales el soberano es lo primero, y el lugar adonde él reside es la verdadera capital del imperio. Afortunadamente Márquez no pensaba así y fué á estrellarse contra el ejército de Oriente.

Al frente de este venia Porfirio Diaz.

Hay figuras en la historia que no necesitan la ovacion de los contemporáneos porque tienen por pedestal la admira-

cion de los pueblos y el renombre de la posteridad. Porfirio Diaz es una de esas personalidades brillantes que se veneran pero que jamás se adulan.

Porfirio es un jóven alto, de un cuerpo de dandy, trigueno, la nariz ligeramente roma, el pelo cortado á peine, los ojos vivos, y sus labios dilatados por una franca y eterna sonrisa, dejan ver unos dientes blanquísimos. Apenas puede creerse al ver aquel jóven tan franco y tan modesto que sea el terrible batallador de Puebla y la Carbonera.

Su biografía se ha publicado mil veces: simpático y respetado hasta por sus enemigos, los mismos franceses admiraban su valor: yo me limitaré á trazar su historia en dos palabras. Porfirio Diaz ha dejado una huella de luz y de gloria sobre el suelo del país: en su carrera pública no se registra una mancha.

Hé aquí el hombre con quien iba á batirse el terrible general del imperio: este olvidaba que en varios encuentros, Diaz le habia puesto su marca en la espalda.

Márquez se dirigió á Puebla con su ejército tomando el camino mas largo de los Llanos de Apam.

Todavía para llegar á la ciudad de Zaragoza el ejército imperialista hizo un nuevo giro de costado, describiendo un semicírculo sobre Huamantla. Allí se supo que Puebla habia sido tomada.

Porfirio Diaz, en efecto, sitiando á Puebla sintió que Márquez venia en auxilio de la plaza. Dejarlo llegar era perderse; retirarse equivalia á una derrota. Entonces lanzó sus columnas hacia adelante, y en medio de un torbellino de fuego y de metralla ocupó la plaza el dia 2 de Abril. Puebla, que habia resistido tanto sitio, y que habia detenido setenta y cinco dias á los franceses frente á sus muros, sucumbió en unas cuantas horas.

Después de obtenido este triunfo se arrojó el ejército de Oriente sobre Márquez. Este, que habia comenzado su

movimiento retrógrado, fué alcanzado en el pueblo de San Diego. Allí fué el primer combate, en el cual se trataba tan solo de contener algunas horas á los imperiales á fin de poder darles alcance: para esto fué preciso sacrificar la caballería del coronel Lalane que se batió perfectamente hasta lograr su objeto, retirándose á la hacienda de San Lorenzo, la que ocupó después el enemigo.

El dia 9 ya se habian puesto en contacto las fuerzas de Oriente con las del Norte, habiendo pasado el general Diaz al campo de Guadarrama. El dia 10 se emprendió el ataque.

Entre los partes oficiales dados por los gefes liberales y las relaciones de los imperialistas, hay diferencias inesplicables en las fechas y hasta en los nombres de los sitios adonde tuvieron lugar aquellos encuentros.

Y sin embargo, de una plumada puede describirse aquel hecho de armas, diciendo que fué una derrota sufrida por Márquez en un trayecto de veintisiete leguas, y en un combate que duró tres dias. Sobre todo, las jornadas del dia 10 y el 11 fueron sensibles para las fuerzas de Maximiliano, porque en ellas quedaron hechas pedazos, apesar del valor con que se batian los austriacos, los húngaros y la contraguerrilla francesa. El viejo Márquez ya iba huyendo á esas horas con una pequeña escolta y un grupo de oficiales superiores hácia la capital. Kodolich habia tomado el mando de la division, la cual fué destruida en su carrera hasta San Cristóbal. Detrás de Márquez entraron los miserables restos de su florida division: los dispersos habian tenido que arrojar al lago para llegar á México.

Un tal d'Hericault, que cuenta con mucho acaloramiento esta jornada, describe un triunfo en cada uno de los dias de ella obtenido por los imperiales, quienes, dice, alcanzaron cinco victorias en tres dias. Puede ser: pero de esos vencedores solo unos cuantos llegaron á la capital, sin armas casi, llenos de fango y de polvo, y jadeando por su precipi-

tada carrera: los demás habian quedado prisioneros ó muertos.

Hé aquí por qué Márquez no pudo ir á socorrer á su soberano: y este ignoraba la suerte que habia corrido su lugarteniente, mientras que el mismo dia 11 se habia comunicado al general Escobedo, por el telégrafo, el triunfo obtenido en San Lorenzo.

El dia 12 de Abril se presentó á Maximiliano un jóven inteligente, de una familia acomodada y partidario entusiasta del imperio: era Don Pedro Sauto que iba á ofrecerse para salir de la plaza, prometiendo pasar entre los sitiadores y llevar á Márquez pliegos del emperador: este aceptó gustoso aquel servicio porque le inspiraba confianza tanta abnegacion: el comisionado en efecto jugaba la vida.

Sauto, despues de recibir instrucciones, saltó el foso del puente, y con un pañuelo blanco en la mano se dirigió á la línea de los liberales: estos lo recibieron y lo condujeron al cuartel general. Allí dijo que ostigado por las vejaciones y privaciones que se sufrían en la plaza, habia logrado salir de ella para ir á ofrecer sus servicios á los republicanos. Estos, recelosos de que tanta protesta de adhesion á la causa liberal importase un ardid, aunque los hacia vacilar la serenidad de Sauto, dejaron á este en libertad, pero filiándolo en un cuerpo, como lo habia pedido. Al dársele el uniforme tuvo que despojarse de su ropa, y uno de los oficiales recogió el sombrero de fieltro de Sauto: al tomarlo sintió crugir en la cinta de su copa un papel: arrancó el liston y se encontró un pliego pequenísimó enrollado, dirigido á Márquez. Inmediatamente le dió parte al general en jefe, y se mandó que Sauto fuese fusilado. Frente á la trinchera de los imperiales se hizo la ejecucion, y aquel desgraciado, an-

tes de morir, suplicó á los centinelas avisasen á su familia que estaba dentro de Querétaro, cuál habia sido su suerte. ¡Pobre jóven! era una víctima mas sacrificada por la ceguedad de unos cuantos ilusos que intentaban prolongar una situacion insostenible!

Dentro de la plaza, en efecto, se habia perdido toda esperanza de salvacion. La hambre se hacia sentir, las granadas despedazaban los edificios, y las balas iban á herir á los habitantes que intentaban salir en pos de víveres para sus familias: á esto habia que sufrir además, prisiones y esacciones de todo género.

Entónces se decidió en un consejo de guerra enviar á México al príncipe de Salm, al general Moret y al coronel Campos, con órden de destituir á Márquez.

Con tal objeto se intentó una salida sobre la línea del Poniente, en la noche del 17 de Abril. Una fuerte columna de caballería se desprendió de la falda del Cerro de las Campanas sobre la paralela de los republicanos. El ataque estuvo rudo, y la artillería protegió vivamente aquel movimiento. El estruendo era horrible, y el espacio se iluminó con el fuego de la fusilería. La columna fué rechazada, y sólo Zarazua logró pasar con 40 dragones: despues de muchas pérdidas los imperiales volvieron á la plaza.

La ciudad volvió á quedar inerte por varios dias, y sumida en una muda desesperacion.

Por un momento se animó al ver al medio dia del 19 de Abril, cubrirse de tropas la Cuesta China. Se contó por los ilusos, que era Márquez que venia á socorrer la plaza; pero pronto vino el desengaño, al ver que no se disparaba un solo tiro. Aquellas fuerzas eran las de Guadarrama que volvian victoriosas de San Lorenzo.

En la noche del 26 al 27, los sitiados concentraron en San Francisquito y en la Alameda su artillería y su reserva, y casi todos sus batallones. Las guardias de las trin-

cheras fueron relevadas por tropas de caballería desmontada.

En la madrugada del día 27 de Abril, cuando no se disipaban aún las sombras de la noche, se vió repentinamente chispear la fusilería por las lomas del Cimatario y sobre la garita de México. Era una nueva salida que intentaban los sitiados. Estos sorprendieron la línea del Cimatario y ocuparon las paralelas y la posición entera: los liberales huían en dispersión. Pero el ataque que simultáneamente daba Castillo sobre Callejas, fracasó. Sin embargo, cuando el sol iluminó perfectamente la escena, se pudo ver á las tropas de Maximiliano acampadas en el lugar donde la víspera estaban los sitiadores. Y el pueblo recorría libremente aquellos sitios, conduciendo á la ciudad víveres, animales, y las veinticuatro piezas de que se habían apoderado los imperialistas. Aquello sí fué una victoria obtenida por sorpresa, pero que abrió las puertas de la ciudad á Maximiliano y á sus gefes. Si estos hubieran querido escaparse, pudieron evacuar la ciudad completamente, sacrificando solo su artillería y sus trenes, porque durante algunas horas conservaron la posición.

Pero despues de aquel intervalo de plácemes y felicitaciones, y hurras con que se recibia á Maximiliano que recorría la línea, volvió á escucharse el estruendo de la fusilería, y se vió descender á las tropas imperiales envueltas en una nube de humo. Era que Doria, al frente de sus cazadores de Galeana, recobraba la posición: con trescientos hombres barria á los cinco mil imperiales que habia en las alturas. Detrás de la caballería republicana apareció la reserva que violentamente habia desprendido Escobedo sobre el Cimatario al saber aquel desastre que pudo comprometer seriamente á todo el ejército sitiador. Los imperiales se retiraron hechos pedazos, el regimiento de la Emperatriz, sobre todo, que recibia el terrible fuego de los rifles de

Spencer de los cazadores de Galeana. Maximiliano permaneci6 sereno en medio del fuego, pero sorprendido de ver aquella avalancha de enemigos que no aguardaba: retrocedió al fin hasta las calles de la ciudad, á tiempo que los sitiadores se iban á apoderar de la Casa Blanca; pero les faltó artillería, mientras que la de la plaza hacia sobre ellos un fuego terrible.

En la tarde quedaron los republicanos ocupando de nuevo y tranquilamente su antigua línea. El campo intermedio quedó sembrado de cadáveres.

El día 1º de Mayo volvieron los sitiados á intentar otra salida sobre el extremo izquierdo de la línea Sur. Despues de cañonear fuertemente la hacienda de Callejas, lanzaron una columna sobre ella y ocuparon una parte de dicha finca: de allí quisieron lanzarse al asalto de la garita, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, teniendo que retirarse hasta su línea violentamente, temiendo que tras ellos entraran los sitiadores á la ciudad; pero estos, despues de haber recobrado lo perdido, hicieron alto en sus posiciones. Los de la plaza sufrieron una baja muy fuerte en los batallones que ejecutaron la salida.

Aquella derrota no fué suficiente para estorbar que intentaran los de la plaza otro ataque el día 3 de Mayo.

Desde en la noche se alistaron las fuerzas, disponiéndose dos columnas, una al mando de Castillo y otra al de Miramon. La primera habia de simular, en la madrugada, una salida falsa sobre la hacienda de Calleja, y la segunda atacaria la línea del Norte.

Castillo, sin embargo, permaneci6 inmóvil. Miramon por el contrario, viendo que habia pasado la hora convenida y que no se oia el cañon por el lado del Sur, intentó su salida.

El ataque de los imperiales fué vigorosísimo. Se apoderaron de la línea avanzada, y subieron á las alturas del

cerro de San Gregorio, empeñando un combate tan serio, que fué preciso concentrar en aquel punto las fuerzas de las líneas inmediatas. Entónces el triunfo obtenido por las fuerzas de la plaza, se convirtió en una espantosa derrota, siendo acuchillados sus batallones; la célebre guardia municipal sobre todo, que perdió sus dos coroneles, Sosa, que hacia tres dias habia recibido el mando del cuerpo, y Daniel Franco, que en el campo de batalla fué puesto á la cabeza de la guardia.

Daniel Franco era un jóven alto, blanco, de pelo castaño, de ojos verdes, de magnífica dentadura, y de una sonrisa franca y leal. Amigo de la infancia del que escribe estas líneas, no puede dejar de tributarle aquí un recuerdo.

Daniel era de una talla gigantesca, y de una fuerza física hercúlea: cuando cursábamos las cátedras de medicina le llamábamos Porthos, y esto le irritaba, porque en aquel cuerpo vigoroso se encerraba una alma de niño, estremadamente susceptible, pero muy franca y leal. Cuando recibimos el título de médicos, ambos nos lanzamos á la política siguiendo un impulso distinto. Desgraciadamente Franco se filió en el partido conservador, ligado tanto por los afectos de familia, como por la amistad del general Castillo, que tenia por él una verdadera preferencia.

Y aquel jóven inteligente, rico, vigoroso y tan bueno y tan simpático, se batió como un bravo, y cayó al frente de su batallon gravemente herido. Pocas horas despues murió rodeado de toda su familia, y estrechando con serenidad la mano de sus amigos.

Los imperialistas volvieron á la plaza diezmados, hechos pedazos, desesperados y en verdadera dispersion. Pero al punto pusieron en juego los conservadores ese génio profundo que siempre ha descollado entre ellos, el de la mentira, y para paliar aquel terrible descalabro, dijeron que habian suspendido su victoria porque en los momentos de

completarla, habia penetrado á la plaza el sargento Guadalupe Victoria, trayendo comunicaciones oficiales, en las cuales se participaba al emperador la llegada de Márquez. Era la décima vez que se anunciaba la proximidad de los refuerzos.

Pero sorprendia que por tan ligera causa se desperdiciase tan brillante triunfo como el que decian haber logrado los sitiados: mas lógico hubiera sido rematar á sus enemigos, y ahorrar así á Márquez que anduviera las leguas que aun le faltaban para llegar.

En fin, se publicaron aquellas noticias apócrifas, detallando en todos sus pormenores el número de cuerpos que traia el lugar teniente del reino, su efectivo, y los nombres de los gefes que mandaban las brigadas. Creo que hasta se echaron al vuelo las campanas, y se tocaron dianas para celebrar aquel suceso; pero la artillería sitiadora sofocó la espresion de aquel mentido júbilo, apagando el repique de las campanas con las balas de sus cañones, é inundando la ciudad de granadas.

Tambien á los liberales les costó muy cara aquella jornada, porque en ella perdieron mas de 200 hombres, entre los cuales se contaban trece gefes y oficiales.

Apenas habian pasado dos dias, cuando hubo un nuevo combate. En la noche del dia 5 de Mayo, violentamente se incendió toda la línea del Norte con un fuego muy nutrido de fusilería; el cañon tronó á su vez, y repetidos cohetes de luz alumbraban la escena.

Los escritores del partido imperialista dicen al hablar de este suceso, que los liberales atacaron las trincheras en celebridad del aniversario del 5 de Mayo. Pero en la historia del sitio de Querétaro, salida de la pluma de un escritor que tomó sus datos del cuartel general del ejército republicano, se asegura que los sitiados proyectaron una salida sobre la línea que mandaba el general Alatorre. Yo me inclino